

MEDITACION CCXXXV.

JESÚS VA EN TRIUNFO Á JERUSALEN.

(Joan. xii, 42-19; Matth. xxi, 4-9; Marc. xi, 4-10; Luc. xix, 29-40).

Consideremos : 1.º los preparativos de este triunfo ; 2.º la profecía que lo anuncia ; 3.º el pueblo que lo forma ; 4.º los fariseos que lo ven.

PUNTO I.

Los preparativos de este triunfo.

Los preparativos de este triunfo consistieron solamente en la orden que dió Jesús á dos de sus discípulos... «Y el día siguiente...» esto es, el primer día de la semana, que nosotros llamamos domingo, partió Jesús de Betania... «Se acercaron á Jerusalem, y llegaron á Betfage...» Y estando aun poco distante de Betania, ordenó á dos de sus discípulos que se adelantasen y fuesen á Betfage, que era un lugar pequeño que tenían enfrente, situado cerca del monte de las Olivas, al pie del cual habían llegado... «Y luego que entraréis en él (*les dijo*) encontraréis atada una burra, y con ella su «borriquillo... sobre el que no ha subido aun hombre alguno... desatadla, y traédme los... y si alguno os dijese alguna cosa, decidle «que el Señor tiene necesidad de ellos, y luego os los dejará... Los «discípulos fuéron, é hicieron como les había mandado Jesús... Encontraron el borriquillo atado á la puerta fuera entre dos caminos, «y lo desataron... Y algunos de los que estaban allí les decían : «¿Qué haceis desatando el borriquillo? Y ellos les dijeron, porque «el Señor lo necesita, y se lo dejaron... y trajeron la burra y el «borriquillo...»

1.º *Admiremos en todo esto la ciencia divina de Jesucristo...* Conoce lo presente y lo venidero : los accidentes que dependen de una causa necesaria, y los que dependen de una voluntad libre... Vivamos, pues, tranquilos, fiados en su sabiduría, en su providencia y en su bondad.

2.º *Admiremos la obediencia de los dos discípulos...* La acción que se les había mandado debía regularmente parecerles injusta y peligrosa. Pero cuando Jesús habla no es necesario reflexionar, conviene obedecer. Este acto de obediencia era el preludio de la que de ellos debía exigir cuando les ordenaría ir á enseñar á todos los pueblos de la tierra, á los judíos y á las naciones, desatarlas de sus cadenas, y conducir las á él para servir á su triunfo.

3.º *Admiremos la docilidad de los de Betfage...* En el nombre del Señor ninguna cosa saben negar, todo lo conceden ; con que tambien nosotros concedámoslo todo en el nombre del Señor, demos alguna limosna, callemos cualquier defecto del prójimo, suframos cualquier injuria, perdonemos cualquiera ofensa, renunciemos á aquel placer, practiquemos aquella buena obra, y observemos aquella ley.

PUNTO II.

La profecía que anuncia este triunfo.

1.º *Jesús cumple la letra...* Estaba advertida Jerusalem por el profeta Zacarías¹ que su Rey debía venir á ella sobre una borrica y un borriquillo... «Decid á la hija de Sion : Hé aquí que tu Rey viene á «ti manso², sentado sobre una borrica y un borriquillo hijo de la «pollina de yugo (*ó de carga*)... ó lo que significa lo mismo...» No temas, hija de Sion, hé aquí tu Rey que viene sentado sobre un borriquillo... Cuanto esta circunstancia parece de menor consideración, tanto es mas admirable verla ejecutada como expresamente se lee en el Profeta, y cumplida literalmente por Jesucristo... No hay otro que un Dios que de tan pequeñas cosas pueda hacer cosas tan grandes.

2.º *Jesús tambien cumple el espíritu de la letra...* Alégrate, hija de Sion, alégrate, Jerusalem, no temas, hé aquí tu Rey, tu Santificador, tu Salvador. ¡Ah! ¿por qué temerás? No respira su triunfo otra cosa que dulzura, simplicidad, benevolencia y amor. Al rededor de él no se ve ni la claridad del hierro ni el resplandor del oro : detrás de él no se arrastran ciudades esclavas ni pueblos gimiendo entre cadenas : el fausto y el orgullo, la magnificencia y la opulencia no han preparado, no, su triunfo. Las guerras crueles, las sangrientas victorias no son su objeto. Una tropa innumerable de hombres, de mujeres, de niños llevan en mano ramos de olivas y de palmas. Hé aquí lo que forma su corte, su guardia y su cortejo. Los que le preceden y los que le siguen celebran de concierto las alabanzas de Dios y los beneficios milagrosos del Hijo de David... ¡Oh Rey divino! ¿hubo jamás un triunfo tan admirable? Alégrate, alma mia, no temas ya, ten corazón para amar á tu Rey, vé á él,

¹ Isai. LXII, 11 ; Zach. ix, 9.

² En la profecía está la palabra *pobre* ; pero en lengua hebrea esta palabra significa tambien *manso*, *humilde*, y todas estas significaciones convienen aquí.

y recíbelo, porque es el Rey de la paz, de la dulzura y del amor.

3.º *Jesús cumple la profecía en un modo del todo divino...* Ahora... «Todo esto se ejecutó para que se cumpliera cuanto había sido dicho por el Profeta...» Pero ¿quién es el que hizo todo esto para el cumplimiento? ¿Quién es el que tenía en mira este cumplimiento? No fueron ciertamente los que habían atado á la puerta la borrica y el jumentillo, no fueron los Apóstoles que fueron á desatarlos y conducirlos, ni estos ni los otros tuvieron la inteligencia de esta profecía, sino después de la venida del Espíritu Santo... Tampoco fue el pueblo que acompañaba á Jesús atraído á su seguimiento de la admiración de sus milagros, y particularmente de la resurrección de Lázaro. Era necesaria una sabiduría y una providencia divina para reunir tantos acaecimientos, para hacerlos anunciar tanto tiempo antes, y para poner en movimiento tantas personas diferentes, que sin saberlo concurrían al cumplimiento. Solo Jesús sobre la tierra conocía sus misterios y había dispuesto todos sus preparativos... Adoremos tanta grandeza y majestad, tanta sabiduría y poder unidos á tanta dulzura y amabilidad.

PUNTO III.

El pueblo que forma este triunfo.

1.º *¿Qué pueblo era este?...* Este pueblo estaba compuesto de algunos habitantes de Jerusalén, y sobre todo de extranjeros que habían venido á esta ciudad para disponerse á la fiesta de la Pascua. Muchos de estos eran ya sus discípulos; algunos habían visto ya en sus países los divinos milagros de Jesucristo; algunos habían estado presentes cuando Jesús resucitó á Lázaro, y otros, finalmente, habían oído contar estas maravillas de un modo que no podían dudar de ellas. Esto es lo que determinó á todo este pueblo á ir delante de Jesucristo y á formarle este pacífico triunfo.

2.º *¿Qué cosa hace este pueblo?...* Habiendo sabido este pueblo que Jesús había partido de Betania, y venía á Jerusalén, le salió en tropas al encuentro. Apenas pudo verle desde lejos, cuando sobrecojido de un sentimiento de respeto y de gozo indecible, comenzó á cortar ramos de palmas y de olivas, de que estaba cubierta la montaña, y llevándolas en la mano se puso á gritar: *Salud y bendición al Rey de Israel, á aquel que viene en el nombre del Señor...* Continuando Jesús su camino con sus Apóstoles, encontró el borriquillo que le traían los dos discípulos que él había enviado. Viendo estos

el ardor y el celo del pueblo, comprendieron á qué uso estaban destinados estos animales... con sus manteos hicieron una especie de cubierta al borriquillo, sobre el cual hicieron subir á Jesús, y lo mismo hicieron con la borrica que venía detrás... Cuando el pueblo vió que las cosas sucedían con tanta prosperidad, y que Jesús mismo se rendía á sus diligencias y solicitud, se abandonó á los excesos de su júbilo y de su reconocimiento, é hizo lo que se puede imaginar para darle pruebas de su amor. Los unos se despojaban de sus vestidos y adornaban las orillas del camino, los otros cogían las hojas de los árboles y cubrían con ellas el terreno.

3.º *Las aclamaciones del pueblo...* Á estas demostraciones de respeto unía el pueblo cánticos de alabanza, que manifestaban aun mejor los sentimientos y la fe que tenía. Cuando llegaron á la bajada de la montaña, que era una pendiente amena, encantados los discípulos del tierno espectáculo que hería sus ojos, y que de ningún modo esperaban, comenzaron á cantar las maravillas de que habían sido testigos, diciendo: «Sea bendito el Rey que viene en el nombre del Señor: paz en el cielo... La paz se ha concluido entre el cielo y la tierra...» Y gloria en lo más alto del cielo... al que habita en el cielo. Las tropas que precedían y las que venían detrás repetían el mismo cántico... «*Hosanna* al Hijo de David¹. Bendito el que viene en el nombre del Señor... Bendito el reino que viene de nuestro padre David...» El Señor se ha reconciliado con nosotros. Alabanza, honor, bendición y gloria al Altísimo. De esta manera se verificaban dos oráculos del Salvador. El primero, que la enfermedad de Lázaro era para gloria de Dios y para la gloria de su Hijo. El segundo, cuando dijo á algunos en la Galilea que no le verían ya más hasta el día en que se diría: «Bendito aquel que viene en el nombre del Señor...» Se hallaban aquí, sin duda, estos galileos, habiendo venido, como los otros, para prepararse á la Pascua... Hé aquí como anunciaba Jesucristo los acontecimientos de su vida; hé aquí como los disponía... ¡Ah! si hubiésemos estado allí, no habríamos estado sin duda indiferentes; hubiéramos unido nuestros corazones y nuestras voces á estos cánticos de alabanza y de alegría; con que en las solemnidades de la Iglesia, y principalmente en la que nos da una imagen sensible de este glorioso triunfo, no nos quedemos mudos, fríos y lánguidos. Jesús está entre

¹ La palabra *hosanna* es una aclamación y una bendición que no se debe siempre traducir según su etimología, sino según el sujeto á quien se aplica, y aquí se podría traducir: *Salud*.

nosotros, nosotros estamos en su presencia; digámosle, pues, todo aquello que el amor mas ardiente y mas respetuoso puede sugerir á un corazon fiel.

PUNTO IV.

Los fariseos que ven este triunfo.

Habria faltado, á lo que parece, alguna cosa al triunfo de Jesucristo, si no hubieran estado presentes en él sus enemigos. ¡Qué espectáculo para aquellos hombres celosos que vivian fiados en sus disposiciones, y en las que habian tenido cuidado de poner al pueblo, para saciar así su mas cruel furor! Examinemos su carácter.

1.º *Lo que dicen entre sí...* «Los fariseos, por tanto, dijeron entre sí: Veis que nada adelantamos... Hé aquí que todo el mundo va «tras él...» No, sin duda vosotros nada adelantais, ni jamás adelantareis sino cuanto él quiera, porque él es el dueño y el señor de todas las cosas. De esto, si no estuviérais ciegos, lo habrais ya conocido, y mucho tiempo há estaríais convencidos. Y cuando os habrá permitido darle la muerte, tampoco habréis ganado cosa alguna; entonces cabalmente se hará mas célebre su nombre, entonces el mundo se unirá á él, y os detestará eternamente... Esto es lo que nosotros vemos al presente con nuestros ojos, y lo que el mundo ve y ha visto ya por cerca de mil y ochocientos años. En vano se sublevar la impiedad y la envidia contra Jesús y sus discípulos; nada ganan, nada aprovechan, sino cuanto Jesús les permite. A pesar de sus vanos esfuerzos, Jesús tendrá siempre discípulos fieles. Haced, ó Jesús, que yo sea de este número; haced que yo esté tanto mas unido á Vos, cuanto será mayor la audacia con que la iniquidad se sublevará contra Vos, y cuanto mas fiera será la rabia con que me perseguirá su impiedad y su envidia.

2.º *Lo que dicen á Jesús...* «Y algunos de los fariseos mezclados «con el pueblo le dijeron: Maestro, reprende á tus discípulos...» Fariseos orgullosos, ¿á que os hallais reducidos? Á implorar la autoridad de aquel de quien poco há decretásteis la muerte. Pero ¿no sois vosotros los dueños y los señores? ¿No sois vosotros los que dominais y mandais en Jerusalem? Mostrad aquí vuestro poder, ordenad á este pueblo que calle, decidles que sus aclamaciones son otras tantas blasfemias. En cuanto á Jesús, él no impone á sus discípulos semejante silencio; antes les encomienda que hablen sobre los techos, y les da la fuerza y el valor. Si el mundo y el respeto hu-

mano les hace callar á algunos hasta hacer traicion á su deber, dejan desde este punto de ser sus discípulos.

3.º *Lo que Jesús les responde...* «Y él respondió: Os digo que «si estos callaren gritarán las piedras...» Han hablado las piedras: han alzado su voz y enviado sus gritos en la muerte de su Criador, cuando callaron los discípulos... Su lenguaje se ha dejado oír, y ha enternecido los corazones mas duros: los ha obligado á hablar como ellas, y á confesar que Jesús es el Hijo de Dios.

Peticion y coloquio.

No permitais, ó Jesús, que jamás cese yo de creer de corazon y de confesar con la boca lo que habeis enseñado, y los efectos de vuestra bondad y de vuestro poder. Mi vida, sobre todo, envíe un grito que confunda vuestros enemigos, y edifique vuestros siervos fieles. Todo os bendiga en mí, todo os rinda homenaje como á mi Salvador, á mi Rey, á mi Dios. Triunfad de mi corazon y reinad sobre él. Pero este imperio que por tantos títulos os es debido ¿lo quereis recibir de mí? Vos no pedís sino mi corazon y mi amor. Quereis reinar sobre mí para hacerme feliz; yo os doy, ó Señor, este corazon que jamás debería haberse alejado de Vos: venid á tomar posesion de él, ninguna cosa podrá ya echaros de él; todo en él reconocerá vuestra autoridad y vuestro imperio. La vista de mis pasadas ingratitudes y de vuestra bondad siempre nueva lo harán estable y constante para siempre en vuestro servicio y en vuestro amor. Amen.

MEDITACION CCXXXVI.

JESÚS LLORA SOBRE JERUSALEN.

(Luc. xix, 41-44).

Primera causa de las lágrimas de Jesucristo, la infidelidad de Jerusalem; segunda, la ruina de Jerusalem; tercera, nuestra instruccion.

PUNTO I.

Primera causa de las lágrimas de Jesucristo, la infidelidad de Jerusalem.

1.º *Las gracias que ella ha despreciado...* «Y cuando llegó cerca, «viendo á la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh si conocieses tú, «aun en este día, lo que puede traerte la paz; pero ahora está ocul- «to á tus ojos...» Aunque por mas ya de tres años hubiese llenado Jesucristo toda la Palestina de la fama de sus milagros, y hubiese

venido en diferentes tiempos á asombrar la misma ciudad de Jerusalem con la grandeza y con el número de los que en ella hacia, todavía se resistia esta capital obstinadamente á la luz que se le presentaba, y no queria aceptar la paz que se le ofrecia. Muchas ciudades de la Judea y tambien de la Samaria estaban persuadidas que Jesucristo era el Mesías, y estaban dispuestas á reconocerlo públicamente luego que la capital se hubiese declarado. Muchos tambien de Jerusalem creian en Jesús; pero los principales y cabezas, y la multitud unida á ellos estaban muy léjos de creer en él y de seguirle. ¿Qué gracias y qué favores no se han concedido á Jerusalem, y qué desprecio no ha hecho de todos ellos? ¡Ay de mí! ¿no soy yo, por ventura, tan infiel como Jerusalem? ¿Cuántas gracias no he recibido? ¿Qué atencion he usado con ellas? ¿Qué provecho he sacado?

2.º *El tiempo de que ha abusado...* En aquel mismo dia del triunfo, tan propio para mover esta ciudad ingrata, se veian seguir á Jesucristo pocos habitantes de Jerusalem, en comparacion del gran número de extranjerios que lo acompañaban. ¡Ah! si Jerusalem toda entera hubiese concurrido á esta pompa con aquel afecto que tenían estos forasteros, el triunfo de Jesús hubiera sido perfecto, hubiera gustado de toda su dulzura, y habria manifestado su júbilo y su alegría en vez de manifestar su dolor: Jerusalem hubiera sido para siempre la heredad del Señor y la gloria de la nacion; habria gozado en la inocencia y en la santidad una felicidad sólida y una paz inalterable bajo la proteccion de su Rey y de su Dios... ¡Ah! si yo me hubiese aprovechado de tantos bellos dias que el Señor me ha concedido, de que yo era dueño, que eran míos, y en los que podia tan fácilmente obrar mi salud y mi santificacion; ¿qué paz no gozaria ahora? ¿qué tesoros de méritos no habria juntado? Pero todo lo he perdido, y no halló otra cosa en mí que consternacion y remordimientos, temores y desesperacion... Pero no desesperemos, alma mia. Hé aquí todavía un dia á que acaso se seguirán otros muchos; podria tambien ser este el último de tus dias. ¡Ah! *aun en este dia* que se te concede y que el Señor te da puedes volver á él, comenzar una vida mas fervorosa, y gustar aun en su servicio la dulce paz que le es inseparable.

3.º *La ceguedad en que ha caído...* «Pero ahora esto está oculto á tus ojos...» Jerusalem ya no ve, á todo cierra los ojos, se obstina, y siempre se endurece mas; no ve los bienes que pierde, ni los males que se echa sobre sí, ni los pecados de que está manchada, ni

el que está muy próxima á cometer, y que ocasionará su entera ruina... Alma mia, ¿no has caído ya por ventura tú en una tan funesta ceguedad? ¿Conoces tú bien el precio del tiempo presente? Lo han conocido los Santos, y no han perdido un instante de él. ¡Ah! si lo conocieses tambien tú, si supieras cuánto te importa aprovecharte de este dia, y cuán breve es, cuán presto pasará, qué bienes infinitos te están prometidos si lo aprovechas, qué males infinitos vendrán detrás de tu negligencia si no te sirves de él! ¡Ay de mí! ¿seria posible que todo esto estuviese escondido á mis ojos! No lo permitais, Señor. ¡Ah! ¿por qué no conoceré yo mi verdadera felicidad? La han conocido tantos otros y la han hallado en la virtud, en el fervor y en la penitencia. ¿Por qué no la buscaré yo tambien allí, y no la encontraré tambien, pues igualmente se ofrece á mí que á ellos?

PUNTO II.

Segunda causa de las lágrimas de Jesucristo, la ruina de Jerusalem.

1.º *Ruina acaecida como ha sido predicha...* «Porque vendrán dias «para tí cuando tus enemigos te rodearán de trincheras, y te estrecharán por todas partes; te echarán por tierra, y á tus hijos que «están en tí; y no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque no has «conocido el tiempo de la visita que se te ha hecho...» Esta terrible prediccion se verificó literalmente cerca de cuarenta años despues, cuando los romanos, ministros de la venganza del cielo, tomaron á Jerusalem y la arruinaron totalmente. Este acontecimiento memorable, predicho por Jesucristo, y poco tiempo despues escrito por el Evangelista, cuando nada humanamente parecia anunciarlo, es una prueba de la divinidad de Jesucristo, que debia servir un dia para convertir los gentiles, sirviendo para el castigo de los judíos.

2.º *Ruina que sirve de ejemplo y de terror á las ciudades prevaricadoras...* ¡Ah! ¿cuántas ciudades, provincias y reinos han pagado sus pecados con su entera ruina!... Pero estos son secretos de providencia que Dios tiene escondidos, y no siempre los revela. Esta verdad debe hacer temblar los pueblos y las monarquías; pero el secreto en que Dios la tiene escondida debe refrenar y contener el curso á las conjeturas temerarias y á los discursos indiscretos.

3.º *Ruina, figura de la de un alma infiel...* Lo que se predijo de Jerusalem es la figura de lo que sucede á un alma que no ha sido fiel; de lo que sucede á un jóven que no se ha aprovechado de los prin-

cipios de educacion, á un corazon empeñado en un mal hábito, á un espíritu indócil que se ha sublevado contra la Iglesia, á un libertino que se ha dado á seguir los discursos de los impíos y la leccion de sus libros envenenados. ¡Qué enemigos! qué astucias! qué manejos! qué dobleces furiosos! y qué obstinacion en el asalto! Y cuando se han señoreado, ¡qué estragos! qué crueldades! qué destruccion! qué ruina! Pero ¿cuál será la suerte de esta alma perversa y degradada, cuando finalmente caerá en poder de Satanás, cuando será encerrada en el infierno con sus enemigos y sus cómplices por una eternidad? ¡Ay de mí! por cuanto se diga á estos hombres perversos é infieles; por cuanto vengan amenazados, semejantes á la infiel Jerusalem, no se mueven ni de los males de la vida presente, ni de los males de la vida futura: cierran los ojos, tapan los oídos, y ni quieren ver ni oír.

PUNTO III.

Tercera causa de las lágrimas de Jesús, nuestra instruccion.

Jesús llora por enseñarnos á nosotros mismos á llorar...

Lo 1.º *Sobre las miserias temporales y públicas...* Los impíos que ven solo la corteza de las cosas pueden discurrir á su gusto sobre los males que afligen su patria, y considerar solo su causa próxima é inmediata. En cuanto á nosotros, unámonos á Jesucristo; lloremos con él, no por debilidad ó por interés, sino como él, por compasion y por caridad. Esforcémonos, mezclando nuestras lágrimas con las suyas, para contener el curso de las venganzas del cielo, para calmar la cólera del Señor, y tirar sobre nosotros los ojos benignos de su misericordia y de su proteccion.

Lo 2.º *Sobre los pecados de los hombres...* Considerando los desórdenes públicos y la multitud de pecados de que está inundada la tierra, guardémonos de aquellos gemidos hipócritas, acompañados de murmuracion, de calumnia y de sátira; de aquellos gemidos que no son del Espíritu Santo, gemidos de la paloma, sino antes bien rugidos crueles de leon, con que se destroza la reputacion del prójimo, sin perdonar ni lo sagrado ni lo profano, como si no hubiese por todas partes otra cosa que iniquidad é hipocresía; sino lloremos con Jesucristo, y como él derramemos lágrimas de religion, lágrimas de dolor, viendo á Dios tan gravemente ofendido; lágrimas de celo por tantas almas que se pierden, que no quieren comprender ni el precio de la vida presente de que podrian aprovecharse tan útil-

mente, ni los males y bienes infinitos de la vida futura. ¡Ah pecadores, si conociésteis qué cosa es la paz que allí se ofrece! Pero ¿por qué no quereis conocerla? ¡Oh qué guerra emprendeis! ¿Cuál será el éxito terrible?

Lo 3.º *Sobre nosotros mismos...* Las lágrimas de Jesucristo eran parte de su sacrificio. Unámonos, pues, á él, y derramemos con él lágrimas de compuncion y de penitencia. Sus lágrimas santificarán las nuestras, les darán un precio infinito, y les harán capaces de lavar nuestros pecados y de purificar nuestra alma.

Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! ¡cuántos motivos tengo yo para llorar sobre mí mismo! Si en la amargura de mi corazon repasase todos los años de mi vida, ¡ay de mí! no veria otra cosa que motivos de lágrimas... Llorad, pues, ojos míos; llorad tantos años perdidos y mal empleados: ¡ah! ¡qué pérdida! ¡qué desgracia! ¿Y á quién he ofendido yo así? ¿De qué he abusado yo? ¿A qué me he expuesto? Días infelices, acaso borrados del número de mis dias, no os presentéis jamás á mi memoria sin que hagais manar de mis ojos arroyos de lágrimas... Amen.

MEDITACION CCXXXVII.

JESÚS ENTRA EN TRIUNFO EN JERUSALEN Y VA AL TEMPLO.

(Matth. xxi, 10-16; Marc. xi, 11; Luc. xix, 45-46).

Observemos: 1.º el ruido que se excita en la ciudad; 2.º lo que sucede en el templo; 3.º la indignacion de los príncipes de los sacerdotes.

PUNTO I.

Del ruido que se excita en la ciudad.

«Y habiendo entrado en Jerusalem se conmovió toda la ciudad...»
¿Y qué ruido fue este?

1.º *Ruido de indolencia y de curiosidad en los unos...* «Preguntando: ¿quién es este?...» Habia aun en Jerusalem muchos que no habian sabido que Jesús estaba en Betania, y que iba á su ciudad, y otros muchos que aun no lo conocian: ¡qué indolencia! Es necesario para advertírselo todo el tumulto de la ciudad y todo el fracaso de la multitud. ¿Pero qué? ¿En qué va á parar todo este ruido? en una simple curiosidad... ¿Quién es este? De esta misma manera justamente ciertas personas indolentes para el negocio de su

salvacion, y que no frecuentan nuestras iglesias, ni cuási jamás asisten á la predicacion de la palabra de Dios, se despiertan algunas veces de su letargo por los gritos de un predicador en una Cuaresma ó en un retiro, y se contentan con preguntar: ¿qué hay? ¿qué es esto? ¿quién es este? ¡Ah! ¿qué cosa es esto? Es para vosotras una ocasion la mas favorable; es para vosotras el mas importante de todos los negocios; se trata de vuestra salvacion, de vuestra eternidad... Las gentes que acompañaban el triunfo de Jesús, venidas por la mayor parte de las diferentes ciudades y pueblos de la Palestina, «decian: Él es Jesús, el Profeta de Nazaret de la Galilea...» ¿No hay por ventura en esta respuesta un poco de política y de timidez? ¿Por qué no decir: él es el Enviado de Dios, el Hijo de David, el Rey de Israel? Es un gran mal cuando la disposicion de los que preguntan y que escuchan obliga á los que están encargados de responder y de instruir á usar de reserva, y á tener ciertos respetos que debilitan la verdad.

2.º *Ruido de imitacion y de ligereza en los otros...* Se va, se corre donde se ve que los otros van y corren, y se hace lo que hacen ellos. ¿Cuántos hay que en las ocasiones extraordinarias, en las grandes solemnidades, y particularmente en la de la Pascua, no se mueven sino por la imitacion, y por hacer lo que los otros, dispuestos á recaer en su indolencia, en su olvido de Dios, en su vida disipada y viciosa, luego que pasará la fiesta y no recibirán mas fuerza de la general conmocion? ¿Cuántas buenas obras, cuántas acciones santas hacemos cada día, de que perdemos todo el fruto, porque las hacemos únicamente por imitacion, por costumbre, llevados del comun alboroto, pero sin afecto, sin rectitud de intencion y sin espíritu interior? Así es de la fe: con los cristianos, cada uno es cristiano; con los católicos, cada uno es católico; se tiene su mismo lenguaje. ¿Se encuentran despues con otros, ó ven que estos se mudan? Luego se mudan, piensan como ellos; hablan y obran como ellos. Esto es lo que sucede hoy á estos judíos que con tanta solitud se declaran á favor de Jesucristo.

3.º *Ruido de religion y de persuasion en poquitos...* Este pequeño número consistia en los Apóstoles y en los discípulos, en algunos habitantes de Jerusalem que habian considerado los milagros que Jesucristo habia obrado, y finalmente en algunos galileos y judíos movidos de aquellos prodigios que habian visto obrarse en sus paises... Tambien en estos vaciló la fe al tiempo de la pasion; pero Jesús no se lo atribuyó á delito, porque fue bien presto resta-

blecida con su resurreccion, y enteramente consolidada por la virtud del Espíritu Santo... Hé aquí el estado en que nos hallamos... Instruidos en los misterios de la fe, sabemos lo que la Iglesia enseña, y lo que reprueba: hemos recibido el Espíritu Santo. ¿Cuánto, pues, nos debe animar el celo por la gloria de Dios, por la gloria de Jesucristo? Debemos, pues, seguirlo, estar unidos á él por principio y por persuasion con una fe firme, inmóvil, y no con una fe que se mude á todo viento de doctrina; no con una fe segun los lugares, segun los tiempos, segun los hombres, segun la fortuna y segun las circunstancias.

PUNTO II.

De lo que sucede en el templo.

1.º *Jesús en el templo nos hace conocer cuál es la naturaleza de su reino...* «Y entró en Jerusalem y en el templo de Dios...» Jesús, reconocido de los pueblos por Hijo y heredero de David, y por Rey de Israel, no va á la ciudadela ó al palacio de los reyes para tomar posesion de su reino; va al templo para dejarse oír y dar á entender que su reino no debe hacer sombra á los reyes de la tierra; que el reino que viene á fundar es un reino espiritual, y como siempre lo ha llamado él mismo el reino de Dios; que viene solo para hacer dar á Dios un culto perfecto y digno de su infinita grandeza. Por esto hace resplandecer en esta última Pascua de su vida el mismo celo por la casa de Dios que habia ya manifestado desde el principio de su predicacion cuando fué al templo, no teniendo aun consigo sino cuatro discípulos. En esta ocasion, pues, hizo lo mismo que habia hecho en la primera... «Echó fuera todos aquellos que comen y vendian en el templo, y echó por tierra las mesas de los banqueros y las sillas de los que vendian las palomas. Les dijo: Está escrito: Mi casa será casa de oracion; pero vosotros la habeis hecho cueva de ladrones...» Internémonos, pues, en el espíritu de nuestro Rey: preparemos á Dios en nuestros corazones un templo santo, donde reinen la justicia, el respeto y el amor.

2.º *Jesús en el templo nos hace conocer qué es lo que debemos esperar de nuestro Rey...* «Y se acercaron á él en el templo los ciegos y los cojos, y los sanó...» Lo que da este nuevo Rey no son riquezas, dignidades, empleos, sino lo que es infinitamente superior al poder de todos los monarcas de la tierra: da la vista á los ciegos; endereza á los cojos; todos se llegan á él para obtener estos mila-

grós, y los obtienen: le basta una palabra para obrarlos. Y esto es solamente una figura de las maravillas sobrenaturales que obra en nuestras almas, y una prueba sensible del poder que tiene para obrarlas, y son al mismo tiempo una preparacion y una prenda de las maravillas que obrará en la eternidad sobre el cuerpo y sobre el alma de sus fieles súbditos, glorificándolos en el cielo, segun sus auténticas promesas... Vamos, pues, á él al templo; aprovechémonos de las instrucciones que allí se hacen, del sacrificio que allí se ofrece, de los Sacramentos que allí se confieren, de las gracias que allí se distribuyen; pidamos sin detencion ser iluminados y ser enderezados, para que caminando en la luz de la fe y en las sendas de la justicia seamos de los súbditos de un tan grande Rey.

3.º *Jesús en el templo nos hace conocer lo que nuestro Rey pide de nosotros...* Pide que cuando comparezcamos en su corte, que es su templo, vayamos con un profundo respeto, si no queremos ser castigados como estos profanadores; que vayamos con confianza y humildad, con una viva persuasion de nuestra miseria y de su suprema bondad, como estos ciegos y cojos; finalmente, que le ofrezcamos, no palomas ó víctimas de sangre que se compran á precio de plata, sino la víctima inmortal y de un precio infinito, que es él mismo; añadiéndole el homenaje de una alabanza pura, que proceda de una fe viva y de un corazon sincero é inocente, como fue la de aquellos niños que gritaban en el templo... «*Hosanna* al Hijo de «*David...*» Unamos, pues, nuestros corazones y nuestras voces á los cánticos de la Iglesia, á sus santas ceremonias, y á las oraciones de todos los fieles, para celebrar de concierto la gloria, la grandeza, la santidad y los beneficios de nuestro Rey divino.

PUNTO III.

De la indignacion de los principes de los sacerdotes.

2.º *Indignacion injusta en su objeto...* «Y habiendo visto los principes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que él obra-
ba, y los niños que gritaban en el templo y decian *Hosanna* al «*Hijo de David*, se indignaron...» ¿Qué es lo que mueve su indignacion?... Son las maravillas que ven obrar á Jesucristo, y las sanidades que hace delante de sus ojos. ¿Qué otra cosa mas? Los niños, que arrebatados del esplendor de estas maravillas, repiten las aclamaciones que han oido... ¡Ah! es ciertamente una pasion injusta la envidia. Se exaspera, se irrita por lo que debería calmarla y

curarla. Quanto mas bien hiciéreis, quanto mas irreprehensible seais, tanto mas serán estos celosos vuestros enemigos; os querrán mas mal, y estarán mas rabiosos y fogosos para dañaros. No estarán contentos sino cuando habrán sublevado todo el pueblo contra vosotros. Aun cuando fuese sola una voz la que se alzase en vuestro favor, y aunque fuese la voz de un niño ó de la persona mas simple, esto basta para ocasionarles un despecho secreto, para excitar su indignacion, y para animar su furor. Pero no dejéis por esto de obrar bien; imitad á Jesús vuestro modelo, y sufrid pacientemente con él.

2.º *Indignacion artificiosa en sus quejas...* Estos sacerdotes y estos doctores de la ley, llenos de despecho por lo que veian y oian, se enderezaron al mismo Jesús... «y le dijeron: ¿Oyes tú lo que dicen estos?...» Los celosos y la envidia no pueden callar, y no pueden hablar sino enmascarados. Esconden el verdadero motivo que los irrita, y no dejan ver sino un fantasma. Lo que os irrita, ó sacerdotes y doctores envidiosos de Jesucristo, es que su vida es santa é irreprehensible, y la vuestra no lo es: es que delante de vuestros ojos hace él milagros que vosotros no podeis contrastar ó criticar: es que él predica con un celo, con una autoridad, con una solidez que hace despreciable el fausto de vuestros discursos: es que os confunde en todas las disputas en que lo empeñais; es finalmente que el pueblo lo estima á él, y os desprecia á vosotros... Este es el verdadero motivo que os anima, y en vez de esto, que vosotros no os atreveis á confesar, os agarráis á lo que dicen los niños. Pero ¿qué es lo que queréis decir con esta queja? ¿Pretendeis acaso acusar á Jesucristo de vanidad y de orgullo, porque escucha las bendiciones que le dan estos niños, de ambicion y de pretension, porque estos niños lo llaman Hijo de David? Cuando no se tiene cosa alguna sensible y externa que echarle en cara, es necesario penetrar los pensamientos y las intenciones secretas. Así sus miras ambiciosas, sus pretensiones al trono, sus diligencias para hacerse declarar rey, veis aquí la quimera que vosotros aparentais temer, que bien presto propondréis al pueblo, de que haréis resonar el pretorio, y contra la que interpondréis tambien el nombre y la autoridad del César.

3.º *Indignacion confundida en su malicia...* «Y Jesús les dijo: Sí, «¿nunca leísteis¹: De la boca de los niños y de los que maman la leche sacaste perfecta alabanza?...» ¡Qué fuerza! pero al mismo tiempo ¡qué dulzura en esta respuesta! Jesús perdona á sus envidiosos enemigos todas las reprensiones que habria podido darles, renuncia

¹ Psalm. viii, 3.

á todas las excelencias que habria podido atribuirse, y se contenta solo con citar un paso de la Escritura, y alega del texto solamente lo que era necesario para justificarlo, y hacerles ver que en él se cumplian las profecías, sin añadir las palabras que siguen en el mismo texto ¹, y que habrian podido causar á sus enemigos una confusion mayor... Imitemos esta dulzura de Jesús, aun en las ocasiones en que es necesario hablar para nuestra defensa... Aprendamos tambien de este paso de la Escritura cuánto importe enseñar con tiempo á los niños á cantar las alabanzas de Dios, y á celebrar su nombre y sus grandezas. Y ¡oh qué delito no es en una familia cristiana empezar á ejercitar su voz con canciones profanas, satíricas, obscenas y amorosas, cuyo veneno les hará bien presto sentir y gustar la pasion! Los niños repiten lo que oyen: hacedles, pues, oír solamente palabras de bendicion, y ellos no dirán ni repetirán otras.

Peticion y coloquio.

Apartad, ó Señor, echad y quitad de mi corazon, que por el Bautismo habeis consagrado para Vos como un templo vivo, todo lo que podria ofender la pureza de vuestros divinos ojos. Sanadme de aquellos viles é injustos celos que cegaron los judíos. Tengan ellos, ó Salvador mio, y todos vuestros enemigos el dolor y la confusion de veros bendito y alabado en toda la tierra; ó antes bien, conviértanse estos mismos, y bendigan vuestro nombre. Amen.

MEDITACION CCXXXVIII.

DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL TEMPLO EL DIA DE SU TRIUNFO, EN OCASION QUE ALGUNOS GENTILES PEDIAN VERLO.

(Joan. xii, 20-30).

Consideremos: 1.º la peticion de los gentiles; 2.º la gloria de Jesucristo; 3.º su turbacion.

PUNTO I.

Peticion de los gentiles.

1.º ¿Quién son estos gentiles?... «Y habia allí algunos gentiles de aquellos que habian subido á adorar (á Dios) en el dia de la fiesta...» Estos gentiles se habian aprovechado del comercio que ha-

¹ Las palabras que siguen son estas... «Para confundir tus enemigos, y destruir el enemigo, y al que quiere tomar venganza...» *Propter inimicos tuos, ut destruas inimicum et ultorem.*

bian tenido con los judíos para conocer al verdadero Dios; y habian venido á Jerusalem, segun la costumbre, para adorarle y ofrecerle sus sacrificios por las manos de los sacerdotes en el gran dia de la fiesta de la Pascua... Providencia de mi Dios, vos no abandonais á ninguno; por todas las partes os reservais adoradores fieles, y en medio de la mayor corrupcion, de la impiedad y del libertinaje os escogeis verdaderos siervos, y sinceros observadores de vuestra santa ley; y nosotros, acaso en medio de la luz y de la santidad, no tenemos sino una fe lánguida, y vivimos una vida estragada y pecaminosa.

2.º ¿Qué piden estos gentiles?... «Deseamos (*dicen*) ver á Jesús...» ¡Oh deseo piadoso! ¡oh codicia y ambicion santa! ¿Y de dónde os viene á vosotros este pensamiento? Vosotros habeis sin duda oido las maravillas que de él se cuentan: la relacion de alguno de los efectos de su poder, de su bondad y de su sabiduría os ha arrebatado de admiracion, y querriais tener la dicha de verlo á él mismo y de oirlo... Ó alma mia, ¿por qué no tienes tú tambien un deseo semejante de ver á Jesús; de verlo por medio de una fe viva en su Sacramento, en su tabernáculo, y de sustentarte de él; de verlo por medio de un gusto interno en la oracion, en el recogimiento, y de entretenerle con él; y de verlo en la habitacion de la gloria, y de reinar con él? ¿Por qué, pues, este deseo no te tiene incesantemente ocupada, no te hace incesantemente suspirar por Jesús tu celestial esposo? Mientras que los principes de los judíos buscan el modo de deshacerse de Jesús, los gentiles desean y quieren verlo, y rendirle sus homenajes: el pueblo judaico, por su infidelidad, se dispone á crucificar al Mesías, y Dios comienza á disponer los gentiles á reconocerlo, despues que habrá sido crucificado. Aquí Jesús ve antes de morir las primicias de las naciones ya solícitas á buscarlo; sabe que bien presto vendrán á él en tropas innumerables, y lo recompensarán de la incredulidad de los judíos... Así en los consejos de la divina sabiduría la infidelidad de un alma ó de un pueblo viene á ser la riqueza de otro. Estemos, pues, en vela: podemos perder la fe y la Religion, y en esto nos perderemos nosotros mismos; pero nada perderán la fe y la Religion.

3.º ¿Á quién se enderezan estos gentiles?... «Estos, pues, se acercaron á Felipe, que era de Betsaida de la Galilea. Felipe vino, y se lo dijo á Andrés, y Andrés y Felipe lo dijeron á Jesús...» Estos gentiles extranjeros, apartados por ventura, é impelidos de los judíos que habian acompañado á Jesús en su triunfo, no podian por